

BOLETIN

DEL

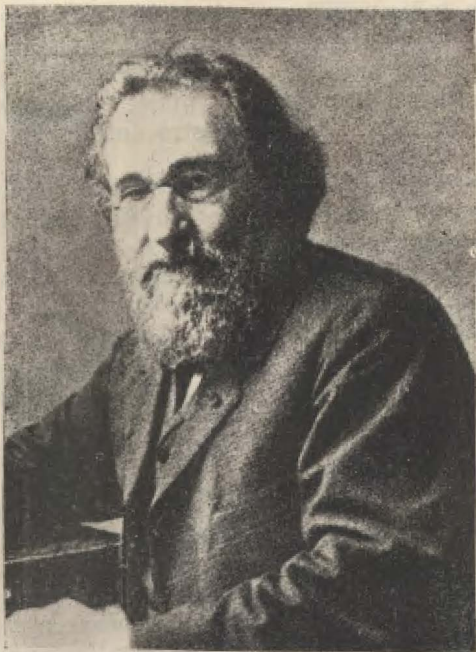
CONSEJO NACIONAL DE HIGIENE

Año XI

Montevideo, Julio de 1916

N.º 117

† Elie Metchnikoff



La Prensa toda, de esta Capital, en su sección telegráfica, insertaba el 16 del corriente, el siguiente lacónico despacho:
París, 15.—Ha fallecido el profesor Metchnikoff.

La Dirección de esta Revista, deseando asociarse al homenaje universal tributado a la memoria de tan eminente sabio, reproduce como su mejor elogio biográfico, las hermosas pa-

labras dedicadas a Metchnikoff en ocasión de su jubileo, celebrado en París el 16 de mayo del año pasado, por uno de los hombres de ciencia que mayor gloria han irradiado sobre la Francia contemporánea y a quien el mundo entero deberá siempre venerar como a uno de sus más grandes benefactores, a Emilio Roux, Director del Instituto Pasteur.

Carta de M. E. Roux

París, 15 de mayo de 1915.

Querido Elie Metchnikoff:

Maldigo la indisposición que no me permite salir de casa, pues me impide expresar, en ocasión de vuestro 70.º aniversario, en presencia de nuestros amigos, en nombre de vuestros colegas y de vuestros discípulos, nuestra admiración por vuestra obra científica y nuestro afecto hacia vuestra persona.

Si, como reza el proverbio, el tiempo bien empleado parece corto, ¡cuán breves os habrán parecido los setenta años que habéis vivido!

Desde vuestra infancia, habéis manifestado la más viva inclinación hacia la ciencia de la naturaleza, y, a los diez años, ya erais un observador sagaz de las plantas y de los insectos. La vivacidad de Metchnikoff escolar, su avidez para aprender, su aptitud para comprenderlo todo, nos las imaginamos fácilmente los que, como nosotros, somos testigos, día a día, del entusiasmo que sentís, al realizar una investigación y de la emoción que experimentáis ante una bella experiencia.

Creo que es a los diez y ocho años que habéis publicado vuestro primer trabajo, no un trabajo de estudiante que promete, sino un trabajo de maestro, que encerraba una bella y buena descubierta y hacía prever otras. Después, las memorias se suceden a las memorias y luego sois agregado a la Universidad de Petrograd y jefe de escuela, puesto que orientáis la embriología en la vía en la cual felizmente se ha desarrollado.

Me guardaré bien de extenderme sobre vuestra obra zoológica, de la que no podría hablar sino como profano. Nada diré de vuestra carrera de profesor en Petrograd y en Odessa, fuera de lo que he oído de boca de vuestros antiguos discípulos. No solamente los instruáis, sino que también les inspirabais entusiasmo científico.

Quien asistía a vuestras lecciones quería hacerse naturalista. A la autoridad de un maestro que sabía comunicar su ciencia, agregabais la de un carácter pronto a ceder el puesto, antes que coparticipar en una medida injusta. Tal como me habéis sido pintado, erais un profesor lleno de bríos, pródigo de ideas nuevas, que hacíais nacer los buenos trabajos, desarrollar los talentos jóvenes y erais, además, un campeón del derecho contra el favoritismo.

También, ¿qué ascendiente teníais sobre los estudiantes y con cuánta tristeza acompañaron vuestra partida!

En momento en que abandonabais a Odessa, Pasteur y sus colaboradores acababan de publicar la prodigiosa serie de trabajos sobre la atenuación de los virus y las vacunaciones preventivas. La cuestión de la inmunidad, planteada desde mucho tiempo atrás, podía al fin ser estudiada cómodamente, puesto que era posible hacer refractarios a los animales de laboratorio. Vos también, pensabais en esta cuestión de la inmunidad, y pensabais como naturalista y como filósofo. Habíais sido llevado por vuestras observaciones sobre las digestiones en los seres inferiores. Es, pues, muy natural que hayáis tomado el camino del laboratorio de Pasteur, y es muy natural también, que Pasteur os haya acogido con complacencia, pues vos le aportabais nada menos que una doctrina sobre la inmunidad.

Antes que vos, los que habían abordado la materia, lo habían hecho invirtiendo los términos, estudiándola en los animales superiores. ¿Cómo seguir, en efecto, un virus y los cambios que determina en un ser tan complicado como un conejo o mismo una rana? ¿Cómo desentrañar el papel del aparato circulatorio, del sistema nervioso, el de las células y de los humores?

¿Con qué admirable ingenio habéis resuelto la dificultad!

Colocáis bajo el objetivo del microscopio uno de esos seres transparentes, compuesto solamente de algunas células, exponiéndolo al ojo del observador, y, por medio de una delicada picadura, introducís algunos microbios. Si el animalillo inoculado es sensible, asistís al desarrollo del virus y a la invasión de los tejidos; si es naturalmente refractario, veis por qué procedimiento se desembaraza del parásito. Nada de lo que pasa entre el organismo y el microbio se os escapa; el caso es tan sencillo que la interpretación de los hechos surge por sí sola.

Sobre el portaobjeto del microscopio, hacéis pasar sucesivamente organismos más y más complicados y los infectáis

uno tras otro; después, extendéis vuestros estudios a los seres superiores. De todas estas observaciones, resulta de toda evidencia que en los seres naturalmente refractarios, los microbios son la presa de células dotadas de movimiento, capaces de englobarlos y digerirlos.

Las cosas se suceden de la misma manera en los animales que han adquirido la inmunidad, las inoculaciones preventivas han acostumbrado gradualmente a los fagocitos a los microbios y a sus productos.

He aquí grandes resultados obtenidos con medios tan simples, y eso es lo que caracteriza al genio.

Hoy, mi querido amigo, consideráis esta doctrina de la fagocitosis con la satisfacción tranquila de un padre cuyo hijo ha recorrido un hermoso camino en el mundo. ¡Pero cuántas desazones os ha ocasionado! Su aparición ha provocado protestas y resistencias y durante veinte años habéis combatido por ella. Es necesario haber vivido en vuestra intimidad durante este período de lucha, para comprender cómo la investigación científica puede procurar alegrías y también tormentos al que se ha apasionado por ella. No evitabais ninguna ocasión de explicaros; os veo siempre, en el Congreso de Budapest, en 1894, discutiendo con vuestros contradictores, el rostro encendido, los ojos brillantes, los cabellos enmarañados, teníais el aspecto del demonio de la ciencia; pero vuestras palabras y vuestros argumentos irresistibles promovían los aplausos del auditorio.

Los hechos nuevos, que parecían al principio contrarios a la teoría fagocitaria (Fenómeno de Pfeiffer, inmunidad antitóxica, producción de los anticuerpos), armonizaban luego con ella. Ella se ha encontrado bastante comprensiva para conciliar a los sostenedores de la teoría humoral y a los partidarios de la teoría celular.

La doctrina de la fagocitosis es, ciertamente, una de las más fecundas de la Biología; ella relaciona los fenómenos de la inmunidad con los de la digestión intracelular, ella nos explica el mecanismo de la inflamación y el de las atrofas. Ella ha dado vida a la anatomía patológica que, impotente para proporcionar interpretaciones aceptables, había permanecido puramente descriptiva.

La observación del papel de los macrófagos en la desaparición de los elementos nobles de los órganos alterados os ha conducido a ocuparos de las degeneraciones.

Muchas de entre ellas son la consecuencia de las enfermedades infecciosas y por lo tanto evitables; son.

a vuestro juicio, casi siempre prematuras. Ellas provienen de una intoxicación crónica que tiene su origen en la fermentación de las materias en el intestino grueso. Nos advertís que es carecer de previsión abandonar a sí misma nuestra flora intestinal. Debemos poblar nuestro tubo digestivo de microbios bienhechores y eliminar los microbios perjudiciales. Una gran parte de nuestras miserias físicas y de nuestras miserias morales son debidas a esta vegetación salvaje del intestino. Sin ella, alcanzaríamos la edad de la vejez normal que no conoce la aprensión de la muerte. Habéis desarrollado el asunto en vuestros ensayos de filosofía optimista, que son en realidad la obra más original y más sugestiva que conozco.

No habéis permanecido en el terreno de las especulaciones, y, con vuestra actividad habitual, habéis emprendido el estudio de la flora intestinal, estudio complicado si lo ha habido, que todos tenemos interés en ver llegar a buen término, puesto que su finalidad es la prolongación de la existencia humana.

Mientras lleváis a cabo esta gran obra, encontráis el microbio del cólera infantil y tratáis de conservar la vida a los niños de pecho que esta plaga siega por millares, sobre todo durante la estación del verano.

En vuestros trabajos de Bacteriología se adivina siempre al naturalista; ¡qué bien habéis hecho de acordaros de vuestros orígenes! Sois vos el zoólogo, quien ha escrito este excelente capítulo de fisiología general, en el momento preciso en que aparece en la escala de los seres, la sensibilidad a los venenos microbianos y la propiedad de elaborar antitoxinas. Es también el zoólogo quien ha elegido a los monos antropomorfos para el estudio experimental de ciertas enfermedades propias del hombre. Vuestras investigaciones sobre la sífilis del Chimpancé han dado impulso a la serie de trabajos que tanto han hecho progresar nuestros conocimientos sobre esta afección tan grave.

Cuando, hace veintisiete años, entrabais en este Instituto que acababa de ser construído, deseabais solamente dos piezas pequeñas donde poder trabajar en paz. Os habíais instalado en el piso bajo, al fondo del corredor de la izquierda, con Mme. Metchnikoff como preparadora. Esas dos piezas donde queríais aislaros, pronto fueron invadidas por los trabajadores que buscaban un guía y materia para investigaciones. Tuvisteis que ascender al segundo piso, a un local más amplio donde vuestros discípulos pudieran encontrar lugar.

En París, como en Petrograd, como en Odessa, llegasteis a ser jefe de escuela, y habéis encendido, en este Instituto, un foco científico que ha irradiado a considerable distancia.

Vuestro laboratorio es el más animado de la casa, los trabajadores se estrechan a porfía. Es allí donde se discute el acontecimiento bacteriológico del día, donde se examina la preparación interesante, donde se va a buscar la idea que sacará al experimentador de las dificultades en que está enredado.

Sois vos a quien se pide el contralor de un hecho recientemente observado, descorrer el velo de la descubierta que a menudo no sobrevive a vuestra crítica. Y luego, como leéis todo, y lo sabéis todo, cada uno halla en vos el dato que necesita, la sustancia de una memoria que acaba de aparecer y que no leerá. Eso es mucho más cómodo que buscar en la biblioteca y también más seguro, pues de ese modo se evitan los errores de traducción y de interpretación. Vuestra erudición es tan vasta y tan exacta que de ella se surte toda la casa. Por mi parte, ¡cuántas veces os he puesto a contribución!

No hay temor de abusar de vos, porque ninguna cuestión científica no os encuentra indiferente. Vuestro ardor reanima al indolente y da confianza al escéptico.

Sois un colaborador incomparable, algo sé yo, puesto que he tenido la buena suerte de haberme asociado varias veces a vuestras investigaciones. A la verdad, hacíais todo el trabajo.

Aun más que vuestra ciencia, atrae vuestra bondad; ¡quién de nosotros no la ha experimentado! He tenido la prueba afectuosa cuando, por repetidas veces, me habéis cuidado como a un hijo vuestro. Sois tan dichoso dispensando un favor que os mostráis agradecido hacia aquellos a quienes prestáis un servicio.

Tanto como vos, Mme. Metchnikoff no sabe rehusar a quien pide, y según la expresión popular vuestra casa es una casa del buen Dios. Permitiendo la intimidad de esta reunión dejar hablar al corazón, diré que el no dar os es tan penoso que preferís mejor dejaros explotar que cerrar la mano.

El Instituto Pasteur mucho os debe, le habéis allegado el prestigio de vuestro renombre y con vuestros trabajos y los de vuestros discípulos, habéis contribuido grandemente a su gloria. Habéis dado el ejemplo del desinterés rehusando toda asignación durante los años en que la finanza se equilibraba difícilmente, prefiriendo a las situaciones gloriosas y lucrativas que os eran ofrecidas, la vida modesta de esta casa. Ha-

biendo permanecido Ruso de nacionalidad, os habéis vuelto Francés por vuestra elección y habéis contraído con el Instituto Pasteur una alianza franco-rusa, mucho tiempo antes que los diplomáticos hayan tenido la idea de hacerla.

Si viviéramos en tiempos normales, esta sala sería muy pequeña para contener a los hijos espirituales, a los amigos, los admiradores venidos de todos los países para festejar vuestros setenta años. En las circunstancias trágicas en que nos encontramos, tan sólo algunos amigos os rodean estrechamente.

Aquellos de vuestros discípulos que cumplen su deber en el ejército me han encargado expresamente ser intérprete de sus sentimientos de afectuosa veneración. Otros seguramente piensan en vos en este día, no pueden manifestarlo puesto que están bajo el yugo del enemigo. Quiero hablar de Calmette, encerrado en Lille, y de Bordet y de Massart, detenidos en Bruselas. Conozco bien sus corazones para tomar a mi cargo el ofreceros los homenajes que ellos mismos no pueden dirigiros.

Mi querido Elie Metchnikoff: a los setenta años, tras una labor que bastaría para hacer ilustres a varios sabios, os conserváis en buena salud, lleno de actividad y de ideas, por manera que no os deseamos un reposo incompatible con vuestro temperamento, sino un nuevo período de trabajos gloriosos.

Disculpad, mi querido amigo, estas líneas escritas apresuradamente, en una habitación de enfermo, ellas exponen vuestra obra de una manera bien indigna de ella; con todo, ellas habrán alcanzado su fin si sentís el afecto y el reconocimiento de todos aquellos que, ausentes o presentes, me han rogado que hablara en su nombre. (*)

Dr. Roux.

CONSEJO NACIONAL DE HIGIENE

Homenaje a la memoria del Prof. E. Metchnikoff

Con motivo del fallecimiento del sabio profesor Metchnikoff, en sesión celebrada por el Consejo Nacional de Higiene el 21 del corriente, el doctor José Mainginou, Vocal de la

(*) Traducido para el BOLETÍN por el doctor J. Etchepare.

Corporación, pronunció las sentidas palabras que publicamos seguidamente, precediendo a una moción:

“Señor Presidente: Hace muy pocos días el telégrafo nos trajo la noticia de la muerte de un ilustre hombre de ciencia, el sabio profesor del Instituto Pasteur, Metchnikoff, cuya desaparición constituye una gran pérdida para la ciencia que él enriqueció con sus admirables trabajos. Obrero de la ciencia, le dedicó los esfuerzos de su brillante y genial mentalidad, que lo han consagrado como un benefactor de la humanidad.

No voy a reseñar la vasta obra científica del sabio ilustre desaparecido, sería ocupar la atención del Consejo con la molestia de escuchar cosas bien sabidas por los señores Miembros y por todos aquellos que en el transcurso del último cuarto de siglo han seguido los adelantos de la ciencia. Pero sí subrayaré un rasgo típico de la vida de Metchnikoff, que demuestra su profunda fe en la ciencia y las arraigadas conveniencias acerca de sus doctrinas. Se relaciona con sus estudios sobre el cólera.

Para probar que el microbio del cólera es impotente por sí solo para causar la enfermedad si invade un organismo sano, tragó un cultivo del terrible huésped. Con lo que corrobora la alta enseñanza de que a la acción patógena del microbio es necesaria la predisposición orgánica, resultado del debilitamiento de las defensas naturales del organismo.

Considero que bien merece la labor científica del sabio Metchnikoff que el Consejo Nacional de Higiene presente al Instituto Pasteur el sentido homenaje de respeto a la memoria del ilustre maestro desaparecido y de admiración por su obra fecunda.

En tal sentido hago moción para que se dirija un mensaje telegráfico al Instituto Pasteur, en París, expresándole el pesar con que el Consejo se ha enterado del fallecimiento del ilustre sabio.”

El Consejo, de acuerdo con la moción formulada por el doctor Mainginou, envió al doctor E. Roux, Director del Instituto Pasteur, el respectivo mensaje telegráfico.
